

Capítulo I

ÉSTE ES EL SITIO: el neón luminoso, el rótulo azul de relieves góticos, con sus destellos y parpadeos. Éste es el sitio, la zona, la calle, aquí era, aquí es. No sé qué me voy a encontrar. Entre la penumbra y el humo, con un suelo vago y agreste, un alarde de maderas, un exceso de sonido. ¿Qué hago en este lugar, qué me arrastró a venir, por qué ...? ¿Debería marcharme? Este salir a la noche después de tantas ausencias, de un retiro querido, deliberado, presiento lo peor. La música estridente, muy de moda, un pop con carácter, que diría Gerardo y me siento perdido, herido, acorralado en la barra.

¿Estoy exagerando?

Acodado, un whisky con hielo en una mano y la otra palpitante en el interior del bolsillo del chaquetón. Compré tabaco, un paquete de Ducados. Cómo ha subido. Hace dos años o más que lo dejé, pero los nervios me dan por ahí, y ahora dudo con temblor en las manos entre sacar uno del bolsillo o dejarlo en el fondo, a la espera, como una última solución, como una salida para cuando ya no haya salidas. Debería haber pasado por casa, haberme duchado, haberme cambiado, pero he venido directo desde el despacho y desentono con traje y corbata en este bar pendenciero, urgente y huraño. Qué hago yo aquí, si estaba tan retirado. Este olor a tabaco rancio, a humo falso, a sudor añejo, a

cerrado, esta mezcla que casi no recordaba más que algunas mañanas claras de paseos al sol, cuando la nostalgia amarga. Pero he vuelto, no a buscar una mujer, ni una risa, ni una borrachera, ni un desahogo. Tengo los cuellos del chaquetón subidos y presiento que me miran, en mi soledad y postura, como estoy, de espaldas a todo, mirando las botellas, el vaivén de camareros. ¿Quién será? ¿A quién tengo que preguntar? Apuro otro sorbo de mi copa antes de seguir observando. Estoy pero sin mirar. Me encuentro en un estado casi vegetativo en el cual me gustaría instalarme, en el mediodía de mi vida. Ya empezamos con los poetas. Me saca de la hipnosis una mano fina de nieve que sin previo aviso me agarra del codo y me gira súbitamente.

Daniel Cachón, de los Cachones de siempre, de una sola ceja espesa y oleada. Siempre me pareció que tenía cejas para hacer surf y puede que alguna vez, cuando discutimos, se lo dijera. Daniel Cachón, de los Cachones de siempre, de toda la vida de esta ciudad leonesa, es entrado en carnes, corpulento, canoso y con cierto aspecto de reptil que me hace desconfiar sistemáticamente de él, por instinto. Y suelo guiarme mucho por el instinto, por el mío. Daniel Cachón, con su cara de reptil sinuoso, su mano fría y sudorosa, ancha, agraria, me ha girado y me ha puesto frente a él, después de tanto tiempo sin vernos. Daniel Cachón, que no lo había dicho, es del gremio, un abogado en la cúspide, instalado en la beatitud del sillón y la toga. Fuma en las antecámaras de los juicios unos puritos largos y finos, apestosos, olor que traslada a los papeles, a los escritos y a los autos, dándoles el aroma del tabaco de puta cara que le anuncia. Reconozco sus demandas por el olor antes que por la firma. Daniel, abogado de siempre, como su padre

y como el padre de su padre, está en su cenit profesional y lo sabe. Daniel Cachón, de los Cachones de siempre, fuma lento, me ofrece, ofrecimiento que rechazo con torpeza, confundido. Me apetece un purito de esos, de puta fina de antes, pero lo he resistido y es tarde para retractarme. Daniel me echa el humo a la cara, me habla muy próximo, por el ruido, y porque se rumorea que es bujarra.

— Se habla muy mal de ti en algunos círculos, Francisco — y sigue fumando lento, a la espera de una respuesta, recostado sobre su seguridad, afianzado en su voz bronca y serena.

— El caso es que se hable. Pensé que me consideraban desaparecido. Menos mal que las habladurías me mantienen vivo en la ciudad.

— Ándate con ojo. Si hubieses entrado conmigo, otro gallo te cantarí.

Daniel Cachón, de los Cachones de siempre, va de padre y consejero, cuando lo que quiere es ofrecerme una protección que me asquea a cambio de ponerme a sus servicios. Y quizás algo más. Que se joda, yo no voy con bujarras, aunque tengan aspecto de muy machos.

Tengo a Daniel delante, justo delante, y entre empujones y zumbidos, las riadas humanas acuden a la barra o huyen a no sé qué parte. Nos hemos quedado en medio del bar, entre las columnas, bajo unos focos histéricos e intermitentes que nos van dando unas tonalidades y colores de alucinación. Seguramente de estar por aquí El Greco habría sacado inspiración. Pero no estoy para sacarle partido a las luces y las sombras, ni en pintura ni en verso. Y Daniel, ¿sabrá algo? “Ándate con ojo”. ¿Qué habrá

querido decir? Mientras pienso esto, lejos de marcharse, vuelve a acercarse más que nunca, más equívoco que nunca, plantando su pestilente purito muy cerca de mi cara.

— Si me necesitas ... — sus palabras flotan en el aire, como una bota ajena a la gravedad, como una suspensión que en su inminente caída tuviera que conducir a un desenlace. ¿Qué coño me quiere decir? ¿Querrá sodomizarme? Ante la idea y la náusea me enciendo, quizá innecesariamente.

— Mire, Daniel, yo no muerdo cabeceros, así que se puede ir usted mucho a la mierda.

— Gilipollas, ya nos veremos. Estás acabado, Francisco. Lo sabes. Tu despacho no funciona. Ya nadie cree que seas una joven estrella. Ya vendrás pidiendo ayuda.

— Por Chueca se mueve su clientela, Daniel.

— ¡Y por qué no me tuteas, Francisco? Nos conocemos, ¿a qué viene esto?

— Váyase a la mierda.

Daniel Cachón, de los Cachones de toda la vida, ofendido, se lleva su purito a la boca, da una chupada, se emboza en humo, da media vuelta, como una peonza ebria, confundida, humillada, y desaparece entre la multitud. Seguro que es bujarra. Quizá mañana, o pasado mañana, me arrepienta del insulto y la ofensa, de una guerra que no debería haber declarado, pero ya está hecho. Estoy demasiado preocupado para eso. Esta noche he venido aquí, dirigido por antiguos rumores, por quizás falsas confidencias, turbios clientes, pero vuelvo a la barra y pido otro whisky sin agua.

— Eh, perdiz con hielo, por favor.

Diciembre ha venido extremadamente frío, llegué en otro diciembre a la ciudad, con una maleta, mi cartera, y quimeras en un bombín que sólo me pongo cuando me presiento poeta. ¿Será el tiempo circular? De diciembre a diciembre. Una llegada ... ¿un éxodo? Si marcho me llevaré el orgullo hundido, mi lanza rota. La única batalla que se sabe perdida es la que no se da. O no batallar puede ser una forma de victoria. El que resiste gana. El que resiste gana, decía Cela. Pero no se trata de resistir, no es eso, no es eso. Amago de nuevo en el bolsillo del chaquetón, saco un Ducados y me lo llevo a la boca. Dos años al carajo. Hoy, que puede que vaya un poco de Bogart, le pido lumbre a una chica.

— ¿Tienes fuego, encanto?

Es una chiquilla paticorta, fea, pelirroja, con aparatos, narizona, que va camino del baño. Fumo duramente, plácidamente, rasgadamente. Este reabrirse el pecho ante el humo, este torrente interno hasta el bronquio, esta primavera de alquitrán ... Ah, otra vez como entonces, como hace años: “El whisky con hielo, un cigarro y un mechero”, lo decía en aquel tiempo como leitmotiv fácil y maldito. El tiempo es circular, no cabe duda, todo se repite hasta que no se repita nada. Desde entonces hasta ahora, como un péndulo, soy el mismo, pero en distinto sitio, soy el mismo, pero sin serlo. El whisky en ayunas me empieza a hacer efecto. Una tensión en el estómago, un florecer respiratorio, como una amapola de humo y cemento, interior, íntima. Estoy en lo mío, en lo lírico, uno no da más que su lírica, pero hoy no he venido a reencontrarme con el poeta que nunca fui, ni con el que seré, que tampoco, sino a otra cosa, y por necesidad. Yo no quería nada de esto, estoy por la fuerza, pero a

la bomba, la contrabomba. Tengo miedo. Sin duda no valgo para las guerras, si acaso para las dialécticas, pero no para el fusil y las balas. Soy peleón de palabras, sólo eso.

Observo tres bellas camareras y dos eficaces camareros. No conozco a ninguno, otra vez en la barra, ¿Cuál será? Podría preguntarlo, pero sin prisas. El pub se va calentando, hay una algarabía de palabras que no dicen nada, de barbas que flotan, de caderas que humean, hay un mucho de nada, toda la noche es una pantomima, una eterna promesa que desmiente el sol en los amaneceres peores. Por qué una cara, unas facciones, bajo esta dudosa luz de neón se vuelve fugaz, loca, desencajada. No es el alcohol, es temprano para eso, es el clima, la sensación como de iglesia nocturna, un ambiente de engaño, distinto aunque similar. Creo reconocer, entre el mogollón, a una vieja amiga al fondo, junto a la puerta de los aseos, pero la miopía lo deja, de momento, en una impresión. Prefiero la duda a la certeza. Me aburren las certezas a no ser que sean la base tambaleante de otras dudas. ¿Sabría algo Daniel Cachón? Mejor no darle más vueltas al asunto. Ese bujarra es de mucho aparentar. Siempre igual, tirando la caña por si pesca algo, información, trapos sucios, noticias, que luego utiliza sabiamente para sus clientes o incluso contra ellos. Y se ve que vaselina. No lo parece, con eso de ir de macho, para fiarse ... En cualquier caso esa guerra será la guerra que vendrá, y seguro que se le pacifica fácilmente y sin mariposear. Ya veremos. De momento sigo aquí, aturullado, ebrio, y trajeado.

La vieja amiga, la vieja amante. Me acerco, es ella, no ha cambiado, rubísima, altísima, maquilladísima; mi vieja amiga, mi vieja amante, de hace ya algunos años. Cuando recién llegada vivía sus

crisis matrimoniales. Siempre estaba en crisis. Me saluda con cortesía, pero nada más. No estoy seguro de si por no despertar nuevas sospechas ante su grupo de acompañantes, entre los que está su marido, o simplemente porque ya no queda nada. El amor, cuando se ha ido, se reduce a su condición más fecal. En cualquier caso sus dientes siguen muy blancos, sus labios muy repintados en rojo y su escote pronunciado hasta la provocación. Mi vieja amiga, la vieja amante, tenía entonces treinta y pocos, ya treinta y muchos, sus besos en mis mejillas dejan un perfume de ron añejo. Podría recostarme sobre ella, llorar quizá, contarle cosas, mi problema actual, pero hay un muro infranqueable, un distanciamiento desproporcionado, una ruptura definitiva. Más un marido de cuerpo presente. “Cuánto tiempo, Francisco, casi no me acordaba”. “¿En serio no te acordabas?”. “Es una forma de hablar”. “Qué negligentes nos hace el tiempo”. “Como siempre no te entiendo, pero me gustan tus palabras”. “Sólo seduzco con el idioma, no tengo más armas”. “Cambiemos de tema, ¿qué tal te va?”. Y seguimos hablando, como dos viejos amigos ya muy desconocidos y pasados. Hablamos de los que fuimos, como quien mira una fotografía amarillenta, arrugada y remota. Mi vieja amiga conserva unas manos en garra, de ave de rapiña, y una palabra ligera pero incisiva. Mi vieja amante no sabe que hoy la necesito como entonces, para decirle mentiras o pedirle ayuda, pero no es el momento. Vino a la ciudad nueva, como yo, en aquel diciembre de hace años, y coincidimos en el andén. Llegó de la gran ciudad desengañada de atascos, horarios, metros, hipotecas y polución, buscando el pequeño paraíso, una zona retirada donde encontrar un marido situado. Mi vieja amante, entonces, combinaba maridos

y aventuras, jugando a dama perfecta, pero en sus alocadas escapadas desempolvaba toda la selva que llevaba dentro. Por aquel entonces la llamaba Sugar, hoy no la nombraría del mismo modo. La veo más tranquila y más feliz. “Bueno, Francisco, tendré que dejarte, me alegro de verte. Supongo que sigues igual, aunque se cuentan cosas de ti, cosas malas. Pero bueno, eso tú verás”. “Cuídate”. Siempre digo cuídate al despedirme de alguien, porque entiendo la fragilidad de la vida, porque comprendo que lo científico es estar muertos. Sugar me deja mal cuerpo, no ya de miedo, que traía, ni de embriaguez, que empieza, sino de nostalgia. Me vuelvo a lo mío, a la barra, y veo que se queda allí, abrazada a su marido, pequeño gran genio de la banca de la localidad.

Sugar, ahora que lo pienso, puede que me quisiera, aunque puede que no me quisiera, o incluso que me odiara, pero su mirada parecía transmitir lo que no decían sus palabras frías, impersonales. El primer recuerdo de la ciudad es Sugar en aquel andén, con sus altas botas. “¿Y tú a que has venido aquí?”. “¿Yo? Chico, qué pregunta, a pasármelo bien”. Sugar, mi vital Sugar, mi alegre Sugar, mi consentida Sugar. Paseaba después, con descaro, un caniche enfermo por la avenida principal, hacia el puente, para la parte de arriba, luciendo tipo para cazar marido. Hoy no es nada y aquel jueves noche tampoco.

Uno sale a la noche, vuelve y parece que el mundo conspira contra él por darle y encontrarle con personas perfectamente olvidadas. Pero he venido aquí con otras cosas, no quiero complicarme con lo sentimental, ni siquiera a solas. Quiero decir que he venido a algo y no puedo perderme.

— Ponme otro whisky con hielo, corazón.

— Un momento.

Hay que actuar. Necesito una dirección, a eso he venido. Podría ser cualquiera de los cinco; tres camareras, dos camareros. ¿Cuál será? Probaré, primero, con ella. Es una mujer atractiva, una camarera que va de camarera y sabe lo que es eso. Está sirviendo justo a mi lado, otra rubia. Viste una camiseta corta que deja un ombligo puro y profundo al aire, vaqueros ceñidos y un contoneo que si esta noche no fuera esta noche, me haría temblar.

— ¿Puedes picarme el hielo?

Me mira frunciendo el ceño, molesta. Sabe que le llevará algún tiempo. “Mientras lo preparas, me gustaría hablar contigo”. “Eres un cerdo, tío”. “No es eso, encanto, no seas creída”. Me mira intrigada. A éstas solo les entran para tirárselas, normal, y ahora que llego yo, sin esas pretensiones, está perpleja. Me estremezco al asumir que en cuanto me facilite la información no habrá vuelta atrás. Esto es un punto de no retorno, si continúo, será hasta el final. Lo sé.

— Venga, tío, qué cojones quieres, que hay más gente.

Así que hablo, sin saber si quiero hablar, ni qué quiero decir, pero la cosa ha cogido inercia y me arrastra, como un remolino sobre el mar, como un hundimiento. Allá va.

— El Turco. Busco la casa del Turco. Me han dicho que preguntara aquí.

— ¿Quién? No tienes pinta tú de buscar al Turco. Tan fino, tan repeinado, tan limpito. Vas todo maqueado. ¿Para qué quieres ver al Turco?

— Eso no te importa, corazón. Di, ¿le conoces?

Podría haberme callado, pero el whisky envalentona y ese ombligo no permitía concesión alguna. Si te amilanas delante de una mujer, date por jodido. Así que respondo a su contenida impertinencia con arrogancia, pero se ve que la cosa funciona. Esta chica, varada en la barra, con los codos fijos y sobre ellos la cara, está interesada. Tengo la boca de sed, una bomba primitiva en el pecho que quiere explotar, el corazón se desata. Hay relámpagos en mi mirada, por un instante siento vértigo, es tal mi deseo de que hable que, como en una transverberación, mi cara se contrae al apretar los dientes. Quedo muy lejos de una imagen pacífica y contenida. Podría pegarle. La adrenalina está aquí, fluye a borbotones por mi cuerpo. “Dilo ya, coño. ¿Le conoces?”. Y dice que sí, dice que no, dice muchas cosas, pero ha arrancado a hablar. Una mujer si empieza, no para, en lo que sea. Lo que cuesta es romper el hielo. Así que ya la tengo, dirá lo que sabe. He tenido suerte, eran cinco y acerté a la primera. Enciendo otro cigarrillo, velo los ojos en un guiño apenas perceptible, mitad por mi úlcera de córnea, mitad por el humo que asciende como un caligrama de Apollinaire. Deseaba beber, pero mi whisky con hielo picado se quedó sin preparar. No aguanto la boca seca, una boca de sed, que dijo el otro, así que agarro la copa de mi camarera y bebo un trago largo. Gintonic. Con los latidos inmensos pero sosegados, le agarro la mano. “Tranquila, dime, busco al Turco, no te agobies, no te asustes. Nada malo. Soy abogado, unos clientes me han dicho que me ponga en contacto con él. Se ve que tú sabes dónde vive”.

Está inquieta, pero se va relajando. Ahora, muy femenina, en plan camarera que se sabe atractiva, juega conmigo. “¿Un chico

tan mono buscando a ese? ¿Para qué?”. “Encanto, estás buena, pero sin exagerar”. “Chulo”. “Puta”. “Idiota”. “Para ya, corazón. Anda, dime dónde está”. “Si me invitas a una copa”.

Qué mareo. La apostura, la pose, el cigarro, la copa, el trago largo, los insultos ... todo queda muy fingido, porque me da un mareo, quizá por el alcohol, quizá por el tabaco, cuya costumbre había perdido, pero me mareo y cierro los ojos unos instantes. Que no se de cuenta, pienso. El instante se prolonga y el silencio es inmenso. Siento un zumbido en los oídos y su mano por la frente. Esta chica no es tan fatal como pensaba. Me seca el sudor frío, se ríe, me lleva a un extremo de la barra y me ayuda a sentarme sobre una pila de cajas de cerveza. “Chiquitín, que te mareas, ea mi niño, ea, ea”. Me tengo que callar, qué ruina de hombre. Abro los ojos: el bar, el ruido, las luces, ella, son un borrón. La música me sabe a ron, la ginebra me suena a pubertad, rozo el pantalón de la camarera, todo se mueve. Mi mano, tras unos segundos en el vacío, sin saber qué pasaba, se llena de papel. “Ahí tienes tu dirección, amor. Vuelve otro día”.

Me ha puesto en la mano lo que buscaba. Una dirección, la tengo. Pasan segundos de frío, me siento bien. El mareo ha pasado, el sudor se retrae. Salgo a la noche bajo la intemperie de esa bóveda negra que me gusta, una helada que amartilla los coches, un ruido escaso. Los jueves no hay ambiente, y me apoyo aquí, en la pared húmeda. Es diciembre, otro diciembre, quizá mi último diciembre. Pasan murciélagos como girasoles de carbón. Enciendo otro cigarro.